Tanta sangre

Darío Jaramillo Agudelo

Tanta sangre vista, la novela de Rafael Baena, está armada como una trenza de dos hilos que transcurren con treinta años de diferencia. En una de las historias, Camila es una joven hacendada cerril y soltera; en la otra ya es abuela; en la primera Enrique Arce es un joven mayor del ejército insurgente y en la segunda es abuelo y modelo y adoración del mismo nieto de Camila. En la primera el centro es la guerra civil; en la segunda son la infancia y la adolescencia de Ricardo, el nieto de la estirpe. El contrapunto es perfecto y se alternan uno contra otro episodios de ambos momentos, cada uno calculado para lograr –primero– la absorbida atención del lector y, luego, unos contrastes que van mareándose hasta el frenesí, como, casi al final, el relato magistral y detallado de una batalla en un capítulo seguido de otro con la visión de una fiesta que sucede muchos años después: en cierto momento, la batalla es una fiesta, una fiesta brutal, febril, desbocada, pero al fin y al cabo una fiesta primitiva y sangrienta; también llega el instante en que la fiesta se convierte en una batalla, no por exangüe menos cruel.

Nada más actual, más medido entre el vértigo y la cámara lenta, que la estructura de esta novela tan deliberadamente anacrónica y, también por eso, novedosa y original. Nunca fue tan cierto aquello que decía Cocteau, que la originalidad consiste en poner la cabeza en el lado frío de la almohada. Cuando el dogma invisible prescribe la moda de la novela urbana, la de Baena es deleitosamente rural, gozosamente campestre y equina. Mientras son esporádicos y, por lo general, salvo Gabriel García Márquez y María Cristina Restrepo, bastante desafortunados los intentos de novela histórica *Tanta sangre vista* transcurre en el siglo XIX. Mientras la industria novelística, sedienta de novedades, no está intere-

---

Rafael Baena: *Tanta sangre vista*, Ed. Alfaguara, Bogotá, 2007.

sada en la buena escritura (o confunde ésta con el retorcimiento y otras variantes de la pedantería y el tedio), la elaboración de la prosa de Baena es cuidadosa, sensitiva y, lo que más se agradece, no es sobreactuada. Nunca está en plan exhibicionista –¡miren qué bien escribo!– pero el ritmo de la prosa, el conocimiento de los temas y sus vocabularios, la agudeza de los detalles, le confieren altos niveles de calidad artística a la escritura.

Durante el tiempo de la novela hubo guerras de independencia, guerras civiles, luchas por la tierra, construcción de ferrocarriles, luchas entre librecambistas y proteccionistas, expropiación de bienes eclesiásticos en toda la América española. Un país con montañas y llanos donde todo aquello haya ocurrido puede ser México o Bolivia, o Ecuador o Colombia, tal vez Chile o la misma Venezuela, acaso Costa Rica o Nicaragua o etcétera, menciono países cuya capital es mediterránea, como mediterránea es San Pedro del Cerro, la capital del país imaginario de Baena, un país sin nombre que puede ser el país de *Nostromo* de Conrad o la república de Arepa inventada por Jorge Ibargüengoitia (o el lugar en donde estoy sentado).

Me niego a caer en la trampa de discernir si es posible predicar la novela histórica de un lugar imaginario; en todo caso, no se incorporan al cuento personajes que existieran en el siglo XIX. Los generales y presidentes son invento de Baena. Están, sí, las situaciones enunciadas –guerras de independencia, guerras civiles, etc.–, está la vida cotidiana, que sitúan la narración en la segunda mitad del siglo XIX, por coincidencia, sospecho que muy deliberada, el siglo de las grandes novelas de aventuras.

Porque con su contrapunto cinematográfico, con una técnica posterior a las épocas que narra, *Tanta sangre vista* es una novela de aventuras espléndidamente bien escrita, armada para atrapar al lector en el vértigo de las historias que cuenta, que acaba por abarcar en su texto al lector con la inquietante profecía de la guerra sin fin: «si todos nos armamos y fulano ataca a mengano, que a su vez dispara a perico de los palotes, quien viene a decapitar a Juan Lanas, esto se va a volver una matazón de la puta madre en la que nadie va a saber quién es el amigo y quién es el enemigo».

Esta novela de aventuras acaso sitúa sus hitos narrativos en la guerra. De hecho, el capítulo dedicado a contar la batalla del río

Miura es brillante en la forma y posee la magia de hacernos ver patentemente lo que leemos. Pero sería una simplificación decir que es una novela sobre la guerra. Más sutil, más profunda, con más pliegues, Tanta sangre vista es, también, una novela de formación y algunas de sus mejores páginas están dedicadas a los últimos años de la infancia y primeros de la adolescencia de Ricardo. La relación de éste con Enrique, su abuelo, se convierte en un remanso y es formidable el capítulo en que el abuelo obliga al niño a montar el caballo más difícil de la hacienda. Porque, además, esta novela es un acto de amor a los caballos, un acto tan excluyente, tan absoluto, que parece deliberada la decisión de omitir en *Tanta sangre vista* la presencia de los perros.

Todavía me posee esa euforia que produce leer una magnífica novela. No son fáciles de hallar. Por eso me entusiasma dar fe de que Tanta sangre vista es excepcional ©